

de la época sin sopesar las implicancias del concepto es un riesgo, aun cuando los artistas, los gestores, los críticos o los medios masivos insistieran en nombrar el fenómeno como tal. Para evitar la superposición e indiscriminada confusión entre ambos empleos del concepto (llamémosle el *teórico* y el *de época*) es que me detendré en diferenciarlos. En cuanto al primero, *Teoría de la vanguardia* de Peter Bürger⁷ suele funcionar como un restrictivo (y a veces implícito) corset que constriñe las aproximaciones a la historia concreta o a la idea misma de vanguardias argentinas y latinoamericanas. Bürger sostiene que las tentativas de la neovanguardia no logran sostener la apuesta vanguardista por unir arte y praxis vital. Una vez que han fracasado las intenciones de los movimientos históricos de entreguerras, en el contexto de la posguerra, el renovado circuito institucional ya está preparado para la absorción de la protesta vanguardista que, originalmente realizada con intenciones antiartísticas, ha terminado por ser valorada como arte, en una dirección que la devuelve a la misma institución que dicha apuesta crítica pretendía impugnar, desactivando –siempre de acuerdo a la lectura de Bürger– su potencia disruptiva. En este escenario, para el autor, la neovanguardia se vuelve una operación inauténtica y fallida. Por lo tanto, desde su perspectiva, no sería posible nombrar como vanguardias a procesos situados en América Latina y en la década del sesenta.

Para superar ese límite resulta productiva la distinción entre experimentalismo y vanguardia que propuso en 1984 Umberto Eco.⁸ Mientras el experimentalismo actúa de forma innovadora dentro de los límites del arte, la vanguardia se caracteriza por su decisión provocadora de ofender radicalmente las instituciones y las convenciones, esto es: apunta contra la idea misma de arte y su museificabilidad, con actitudes y productos inaceptables. La diferencia radica entre una provocación interna a la historia del arte y una provocación externa: la negación de la categoría de obra de arte. También es provechosa la diferencia que propone Susan Buck-Morss entre *avant-garde*, como vanguardia artística, y *vanguard*, como vanguardia política, un matiz que el castellano no admite, como sí el inglés o el alemán.⁹ Al analizar las tensiones que atraviesan la inscripción de las vanguardias soviéticas en el proceso revolucionario, Buck-Morss esboza una incisiva hipótesis a partir del contraste entre dos concepciones contradictorias (y quizá incompatibles) de la temporalidad: mientras el tiempo de la *avant-garde* es el de la vocación destructiva, el de la interrupción y la ruptura, el de la *vanguard* es el de la vocación constructiva, el de la aceleración de la historia y el progreso.

⁷ BÜRGER 1997 [1974].

⁸ ECO 1992 [1985].

⁹ BUCK-MORSS 2004 [2000].